

El secreto de los Guerreros

Tyrone Maridueña

—Abuelita, ¿cómo está?

—Como el Papa Lucho, ni poco, ni mucho.

—¿Eso quiere decir que está bien?

—Busca a un Lucho en la calle y me avisas si está sonriendo o llorando.

Esta era la forma en la que respondía mi abuela, Olga Guerrero, cuando la saludaban y no la veían a los ojos. Las siguientes generaciones de primos y nietos no seguimos buscando a Lucho. Espero que el señor esté bien, ¿tú lo conoces?

189

I

Mis abuelos tenían una mirada fuerte. Solo con verlos, dejabas de hablar si estabas comiendo al mismo tiempo o corregías tu postura si estabas mal sentado en la mesa. Siempre los vi como los más grandes sabios. Mi papá Homero junto a mi mamita Amada y mi abuela Olga eran los guardianes de los Guerreros más pequeños.

Mi abuela Olga sabía de magia, cocina y tejido. Mi abuela Amada era quien protegía los secretos de la casa y nos enseñaba a silbar. De una forma extraña, allí también vivían mis tías, primos y primas. Los pasillos y los cuartos parecían tener escaleras que te dirigían justamente donde querías ir, o si entrecerrabas los ojos, el piso de madera parecía revelar otro piso escondido (si conocías el

silbido adecuado era más fácil llegar a tu cuarto). Lo que sí recuerdo es que siempre había una olla encendida con café y en la mesa una gran funda con panes conocidos como «cara sucia». Este pan tenía dulce de azúcar disperso encima, por eso su nombre. ¡Qué risa! Bueno, no para el pan.

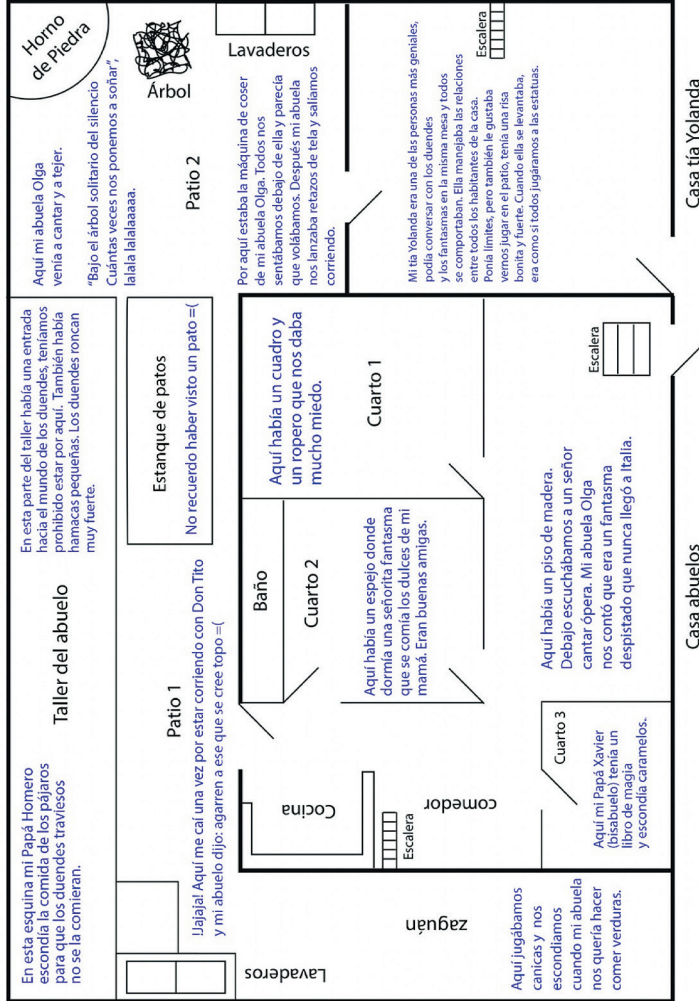
Entre los diferentes momentos que tuvimos en la casa, la mejor hora del día era cuando podíamos perseguir a los fantasmas y ellos huían a través de las paredes o debajo del piso de madera de la sala; casi nunca los alcanzábamos, pero era divertido hacerlos asustar. El patio era un lugar muy raro, había muchos espacios escondidos y el taller de mi abuelo en el fondo. Mamá Amada me contó que los Guerreros que se portaban mal pueden perderse si no comen frutos secos antes de jugar en los alrededores del taller. Si esto sucedía, solo don Tito podía sacarlos de ese laberinto, pero ¿quién es don Tito? Él era el duende que, según mi abuela Olga, protegía la casa y se comía el arroz colorado que hacía los jueves. A mí no me caía muy bien porque siempre me ganaba jugando al trompo y le gustaba esconder mis lentes.

190

Para que tengan una idea de la casa, le pedí a mi hermano que me hiciera un dibujo. Una vez lo vi retratando a una de las fantasmas que duermen en los espejos del dormitorio del bisabuelo. Al igual que mi hermano, ella no duerme mucho, porque si lo hace, y dependiendo del humor del río que está detrás de nuestra casa, sus sueños se pueden volver realidad. Una vez, un caballo con cabeza de avestruz salió corriendo hacia el taller de mi abuelo destrozando todas las piñatas para la venta de la semana; él nos castigó a todos. Pero bueno, ese es otro tema. Les presento «La casa de los Guerreros».

Casa de los Guerreros

En Babahoyo había una gran casa, la casa de los abuelos. En el patio una vez encontré el sombrero de un duende amigo de mi abuela.



II

Todos vuelven

La casa de mis abuelos tenía un olor particular a madera y a tierra húmeda. Los secretos de generaciones y generaciones de Guerreros rechinaban entre sus maderas viejas y las paredes de cemento y tablones gastados por el agua. Si prestabas atención, también podías escuchar a los fantasmas que se quedaban atrapados en el espacio entre una tabla y otra.

192 Pensábamos que todos estábamos algo gorditos por la comida de mi abuela Olga. Nadie, en esta vida o la otra, podía escapar del guiso de la niña Olga, como le decían mi mamá y mis tías. Mi papá Xavier tenía largas conversaciones con los fantasmas que se desviaban un poco de su camino y estaban algo confundidos; esto sucedía en su cuarto. Era un hombre muy sabio y a veces mi abuelo Homero se unía a la conversación. Cuando era tarde y muchos ya dormían, podías escuchar dos silbidos que danzaban entre sí y después un olor a rosas se regaba por la casa. El bisabuelo nos explicaba que uno de sus amigos había comprendido que toda historia tiene un comienzo y un fin en la tierra, y que después hay que seguir, solo seguir. Yo no lo entendía muy bien al comienzo, pero me gustaba el olor a rosas. Debido a las rosas, mi mamá Amada había conocido a mi abuelo en uno de sus trabajos cuando era joven. Había sido jardinero, pero no cualquier jardinero. Mi abuela Amada nos contaba que lo veía llorando cuando cortaba un jardín, y que después sonreía y decía una oración que todavía no puede enseñarnos. Solo cuando sientan las espinas en la mano izquierda y la luna esté muy, pero muy redonda, podré pasar esa oración a otro, nos contaba.

Mientras tanto, la estela de rosas que hay en la casa y la sonrisa de mi abuelo, protegerán el secreto.

Mi abuela cocinaba un guiso espectacular para todos. Duendes, fantasmas y vecinos, todos llegaban a la casa y nadie se quedaba sin comer. Cada vez que alguien entraba, mi mamá Amada silbaba y sonreía: «Bienvenidos», decía.

Muchos de nosotros pasábamos semanas en la casa de los abuelos, pero después regresábamos a nuestras ciudades. Éramos docenas y docenas de primos, sobrinos y tíos que viajábamos de un lado a otro. La casa de los Guerreros siempre tuvo ese sentido real de hogar. Yo lloraba mucho, siempre quería llevarme a uno de mis primos, dos duendes o a don Tito a la casa de mis padres en la ciudad. Con mis primos sí pude hacerlo, pero con los demás era complicado, me explicaba mamá.

La casa era tierna, y digo la casa porque cuando sabía que algunos nos teníamos que ir, jugaba con nosotros. Hacía que la madera del suelo sonara como las teclas de un piano, o soltaba a los patos. ¡Ya recordé a los patos! Creo que no quería acordarme porque me perseguían por toda la casa y yo era pequeño. Ya asustados y con la casa hecha un caos, mi tía Yolanda y mi abuela Amada silbaban y mágicamente los patos regresaban en fila a su estanque. Entonces era el turno de los fantasmas y duendes que no querían que nos fuéramos. La casa se llenaba del mismo olor a rosas y salían todos a jugar en el patio y en la sala. Demorábamos horas en irnos, solo hasta que mi bisabuelo salía de su cuarto y decía fuerte: «¡Todos vuelven!». Mi tía Yolanda y mi abuela Amada nos daban el beso de despedida en la frente. Es verdad, todos volveremos.

III

Ratrinos

194

«Iván, volar es fácil. Quédate a mi lado un momento y lo comprenderás». Esto me decía mi abuela Olga cuando salía a tejer al patio. Casi siempre la acompañábamos con mis primos y nos turnábamos para sentarnos sobre la parte metálica del pedal de su máquina de coser. Le encantaba contarnos historias sobre el árbol que había en la casa y cómo una vez tuvo que intervenir en una pelea fronteriza entre los duendes del patio y los fantasmas de la casa. Ninguno quería dar su brazo a torcer: «Desde entonces debo tejer dos o tres bufandas pequeñas cada quince días y dejarlas en el taller de Homero para que no haya problemas». Los duendes reclamaban que cada vez que un fantasma llegaba a la casa, traía vientos helados. Nadie quiere ver un duende con gripe, se ponen de mal humor y comienzan a cambiar de color o de forma todas las cosas del patio solo para confundirnos. Una vez iba a levantar una pelota de fútbol y resultó ser un cactus; sí dolió. Entonces mi abuela Olga optó por darles bufandas a los duendes para que no se enfermaran y para que todos pudiéramos estar en paz.

Por otro lado, a los fantasmas les gusta el olor del seco de pollo, con ellos es más simple. La abuela nos contaba que una vez intentó ser amiga del jefe de los duendes, pero era muy necio y no le gustaba que un humano conociera su historia; solo después de muchos años logró que confiara en ella. De esa forma permitió que don Tito (nuestro duende protector) ahuyentara de la casa a los *ratrinos*, seres particularmente vengativos que viven cerca de los lugares donde hay mucha tristeza.

Para nosotros era muy complicado no ver a los *ratrinos*, pues vivíamos cerca de un cementerio y en frente de una clínica.

¿Alguna vez han llorado tanto que a su alrededor comienzan a verse sombras y colores extraños? Son los *ratrinos*. Nos han perseguido por años, pero mi abuela y don Tito saben cómo espantarlos. El hechizo es muy simple pero poderoso. Debes tener una tela de varios colores colgando sobre cada puerta de la casa, y cada vez que sientas que un susurro te dice: «Tienes miedo, debes sentir miedo, llora», debes decir, viendo o tocando la tela de colores: «Trucusucu». Vamos, quién puede estar mal después de esa palabra: tru-cu-su-cu. Es lo que conocemos como el *efecto trucusucu*. Solo mis abuelos se tapan la boca cuando la dicen porque es inevitable contagiarte de su sonido y gracioso gesto, ellos son muy serios y nos retan si nos reímos cuando la dicen.

IV

El origen de los Guerreros

195

Muchos siempre se preguntan lo mismo: ¿cómo es que terminamos con una casa llena de tanta magia? Intentaré unir aquí algunas partes de lo que me han contado poco a poco todos los guardianes de la casa. Es un tema delicado, y no se lo pueden contar a cualquiera. Hay susurros en todas partes, y en este libro también.

Imagine que todo esto era antes puro monte. Bien, ¿ya lo hizo? Los mosquitos ya van a desaparecer, no se impacienten. En ese entonces mi tatarabuelo encontró un libro grande y muy viejo en los sitios donde trabajan el arroz. Era tiempo de cosecha y mientras estaba en su labor, mi ancestro lo encontró y lo guardó en su saco. Al llegar a casa y después de haberse amanecido cantando con varios de sus amigos, recordó el libro. Antes de irse a dormir, decidió leerlo, una parte decía:

Quien vino a encontrarte amigo
Somos todos hijos del trigo.
Yo estoy aquí para ser una puerta
Venga, venga. Así comienza la fiesta.
Trasla Mayuya inta sacanama
Tú eres la puerta, yo ponga la jarana.
Trasla Mayuya inta sacanama.
Nera gapa inta sugava.

Y sintió el tatarabuelo el olor a rosas en su pequeña casa.

196 No tuvo miedo. Un fantasma viejo y amable se sentó a su lado a explicarle que leer el libro había abierto una puerta y que todos necesitaban ayuda. Que lo habían visto desde hace mucho tiempo y que sabían que él podía apoyarlos. Mi ancestro replicó que él no era nadie, que solo trabajaba la tierra y que aprendió a leer porque no le gustaba que los demás se burlaran de él. Entonces el fantasma le dijo: «La magia que buscamos es la humildad, la honestidad y la alegría que siempre tienes y entregas. Tu corazón brilla y su luz es muy fuerte. Cree en ti, como nosotros lo hacemos». Entonces se escuchó mucho ruido en la cocina. Era don Tito. Mi tatarabuelo le preguntó al fantasma:

—¿Y este?

—Siempre nos sigue, solo leíste una parte del libro. Y eso tiene consecuencias.

Entonces don Tito contestó dirigiéndose al fantasma:

—Raminef, tanto tiempo sin verte. ¿Cómo estás?

—Mmm, muerto.

—Cierto, cierto. Oiga, señor (hablándole a mi tatarabuelo), nosotros solo venimos a jugar y a comer rico, no va a notar que estamos por aquí. Podemos aprender cosas juntos, ¿a que sí?

Mi ancestro, algo confundido, asintió con la cabeza. El duende alzando las manos en forma de celebración comenzó a silbar y los demás duendes aparecieron. El fantasma, que ahora sabemos que se llama Raminef, pidió disculpas a mi tatarabuelo y le agradeció. Don Tito comenzó a bailar sobre la mesa y le susurró a mi abuelo en el oído: «Trucusucu». Lo demás, bueno, eso ya lo sabe.

V

El abuelo Homero

En Babahoyo, mi abuelo Homero tuvo el primer cine. Pero esto no fue lo único que hizo. Él fue agricultor, avicultor y también trabajó con flores: «Mis niñas, mis lindas niñas», les decía. Don Tito lo ayudaba todo el tiempo, y como los dos eran distraídos nunca podían estar quietos, siempre tenían que hacer algo nuevo. Después comenzó a trabajar imitando lo que veía, le encantaba la madera, los colores y el cartón. Hizo figuras de todo lo que veía; es lo que se conoce hoy en día como Años Viejos.

Esto comenzó como una forma de enseñarle a los habitantes de la casa lo que había en el exterior en la actualidad. Después, todos en la familia aprendieron el oficio. Nosotros habíamos crecido escuchando las historias de los fantasmas de la casa, sus profesiones, sus pasiones; y con los duendes jugábamos y volvíamos locas a mis tías y abuelas. Cuando llegaba la noche, y si alguien deseaba escuchar una historia, el abuelo solo nos enviaba al cuarto del bisabuelo. Una vez ahí, debíamos golpear el suelo con nuestro pie desnudo. Entonces de las tablas se levantaban todos los colores del arco iris y un aroma a rosas y madera invadía el espacio. De esta forma, escuchabas la historia que tu corazón necesitaba aprender.

VI

Cambia, todo cambia

Cambia el pelaje la fiera
cambia el cabello el anciano
y así como todo cambia
que yo cambie no es extraño.

Pero no cambia mi amor
por más lejos que me encuentre
ni el recuerdo ni el dolor
de mi pueblo y de mi gente
Todo cambia

198



Ventana de la casa
de Babahoyo, antes
de su cambio.

Pero el tiempo pasa, inevitablemente. Ahora me dedico a trabajar con madera en una institución que da clases a chicos que requieren una educación especial. Me gusta vestirme de payaso para ver sonreír a todos. El único que me acompaña es don Tito; él regresa a Babahoyo para conversar con mi abuela Olga (que todavía no quiere irse, es muy necia, la amo). Vive en el segundo piso y se pone a cocinar para los nuevos fantasmas que llegan. A don Tito ahora le gusta el manjar de leche y escucha ópera. Está perdiendo un poco la visión, pero sigue jugando a esconder mis lentes y a veces cuenta muy buenos chistes. Me gusta hacer trompos, hay algo divertido en su textura. A veces se los entrego a los chicos del barrio donde vivo en Guayaquil.

Mis abuelos se han ido y mi tía Yolanda también, mi mamá Amada es la protectora actual de la casa. Mucho ha cambiado, ahora nuestro hogar tiene más cemento y parece un edificio. El árbol de la abuela ya no está y los fantasmas y duendes se han mudado a cada uno de los departamentos. Todos hemos cambiado, pero el olor a rosas y el silbido sigue escuchándose por todas partes. La magia de la casa sigue.

Cuando voy a Babahoyo me gusta pensar en los patos que recordé mientras escribía esto y el zaguán donde jugaba canicas con mis primos. También pienso en mis abuelos y en la máquina de coser de mi abuela Olga. Don Tito pasa varios meses en Babahoyo y después se las arregla para entrar en mi carro y venir a mi casa. La fantasma que era amiga de mi mamá duerme en un pequeño espejo que tengo en el cuarto de estudio donde estoy terminando de escribir este cuento. A veces, cuando todos estamos de humor, silbamos un poco para que los *ratinos* no entren. Y si tal vez te acercaras un poco más, tú también podrías escuchar cómo esta historia te susurra con mucha ternura: «Trucusucu».

Tyrone Maridueña Guerrero. Premio Nacional de Poesía Emergente, Desembarco 2016, «Introducción al Pánico». Mención de honor en el X Concurso Nacional de Literatura, género Poesía, organizado por la Casa de la Cultura Núcleo del Guayas en el 2008. Menciones de honor en el II y VII Festival de Poesía Ileana Espinel en los años 2009 y 2014. Participación en antologías poéticas dentro y fuera del país. Trabaja a partir del pánico, la pérdida y la ciudad. Los lenguajes y síntomas de los textos que propone parten de la ternura salvaje de la paciencia y la sobredosis de cualquier búsqueda/resistencia/memoria.

tyrone.mariduenaa@uartes.edu.ec